

LA DECISIÓN

Ariel Alberto Díaz

Nació en Bahía Blanca (Argentina) y estudió en la Escuela Nacional de Náutica. Recorrió mundo como Oficial y Jefe de Máquinas en la Marina Mercante Argentina. Jubilado, cambió el *calibre* por la lapicera y el *indicador de diagramas* por el ordenador. Hace cuarenta y siete años que vive en José Mármol, comenzó a escribir veintidós años atrás y lleva realizados más de doscientos cuentos, con los que tortura a sus amigos, el porteño Freddy y la españolísima Mar, primeros cobayos-lectores.

Ganó ciento setenta premios en Argentina, dos en Uruguay, dos en Estados Unidos, tres en México, uno en Francia, uno en Suiza y sesenta y ocho en España. Obtuvo la Faja de Honor para Autores Inéditos otorgada por la SADE en el año 1991. Ha sido editado en Argentina, U.S.A., España, Francia y Uruguay. No extraña demasiado los buques; ha encontrado una razón de vida.

“Con profundo respeto, a la memoria de Isabel la Católica, que, merced a su personalidad decidida, a su empuje, hizo posible el encuentro de dos mundos”.

Desde una angosta ventana ojival la niña de cabellos rubios y ojos verde-azulados contemplaba la figura del titiritero ambulante, que ofrecía en los jardines del alcázar la ilusión de sus muñecos con vida. La acción despertaba la risa de la numerosa concurrencia hasta llegar con nitidez a oídos de la niña. En el improvisado escenario —que representaba un lujoso cuarto de baño—, un joven enjabonaba a una mujer recostada en una tina.

—¿Y vuestro esposo, señora mía?

—No temáis. Luego de un desayuno abundante, ha salido para combatir contra los moros. Hasta mañana a la tarde, podremos disponer de nuestro tiempo como más os plazca.

—¿Creéis que la guerra será tan prolongada?

—*Sí. El límite es una noche en su catre de campaña; luego extraña su mullida cama. Para mañana tendremos el renovado placer de contemplar su frente transpirada y sus fofas mejillas, mientras escuchamos el relato susurrado de toda clase de aventuras que nadie creará.*

Sacude la cabeza. ¿Por qué se ha colado ese recuerdo tan lejano de la infancia? De los primeros días que vivió con su hermano, el rey Enrique IV, en su alcázar de Madrid.

Septiembre de 1480. Es la medianoche en el Palacio Real Segoviano y, debido a problemas importantes que requieren una decisión urgente, se encuentra desvelada en el espacioso gabinete de techos abovedados y escaso mobiliario. Frente a ella se encuentra abierta la pequeña arca de marfil y, extendido sobre el escritorio, el ajado pergamino con la bula papal que autoriza a implantar la Inquisición en el reino. Sólo falta su firma.

Mira la fecha del documento: 1° de noviembre de 1478. Casi dos años han pasado desde que lo recibió. Ya conoce de memoria sus palabras en latín, que tan complicadas le parecieron en un principio. ¡Cuán a menudo esos párrafos, ahora tan familiares, hicieron correr por su cuerpo escalofríos de temor y duda! El hecho de que falta su firma le da la seguridad de que los Tribunales del Santo Oficio no pueden establecerse en Castilla; al mismo tiempo, le fascinan la palabra Inquisición y el poder vital que la bula le confiere.

Torquemada había estado en ese mismo despacho el mes anterior, disertando, más que hablando, sobre el único pensamiento que lo impulsa sin cesar: la purificación de la humanidad. Recuerda con admiración al fanático monje, cuando lo conoció siendo él una persona madura y ella muy joven. El hombre grave y delgado —de cuyos rasgos se había borrado todo vestigio de juventud—, despertó en ella una mezcla de veneración y envidia, pues en contraposición a su figura exuberante, él parecía prohibirle a su cuerpo la vejez como si fuese pecado. Le había prometido un consejo que haría posible la realización sin riesgos de la inevitable guerra contra los infieles; el religioso considera el enfrentamiento inminente de la cristiana Castilla contra la islámica Granada, un acontecimiento donde el verdadero poder reside en el espíritu, en la fe católica de todos los castellanos, incluyendo a mujeres, ancianos y niños. Sentada en su trono, atendía al dominico, que se paseaba restregando sus manos y largando su extensa perorata.

En determinado momento se paró muy cerca de ella, la miró a los ojos y, en voz baja, pero potente y nítida, le preguntó:

—¿Su Majestad cree poder alcanzar la victoria con centenares de modernos regimientos mientras, en el fondo de un valle lejano o sobre una montaña solitaria, exista una anciana que dude de Cristo y de la autoridad de la reina castellana?

El recuerdo de las palabras de su confesor le produce un fastidio que le hace crispas los dedos en los brazos del sillón; como un lenitivo a su desasosiego, un tropel de imágenes de la infancia surge de las profundidades de su memoria.

La chiquilla caminó por el interminable corredor hasta el salón más cercano y se observó en el espejo de ancho marco con incrustaciones de mármol y piedras preciosas. Perfilada y de puntillas, Isabel entreabrió sus piernas, se acarició el pelo con la cabeza echada hacia atrás y, arqueando la cintura, contempló satisfecha su grupa perfecta. Luego, acercándose de frente, estudió detenidamente sus ojos, claros, sugestivos, sombreados para transformarlos en “ojos españoles”. Las mejillas empolvadas, los lunares distribuidos en su carita fresca, las uñas pintadas de rojo y los velos que apenas atenuaban la exhibición de sus senos nacientes, le daban el aspecto de las mundanas jóvenes de la corte. En los suntuosos salones, los espejos colgaban sobre las chimeneas y la niña no podía pasar frente a ellos sin hacer un alto y mirarse durante largo rato. Le encantaban los cambios advertidos día a día; sus facciones infantiles la iban abandonando y, con la ayuda de los cosméticos, sus rasgos se transformaban en los de esa damita que, desde sus nuevos y bruñidos amigos, la contemplaba asombrada. La mirada de los jóvenes se acentuaba a su paso y ya comenzaba a sonreír con coquetería a los cumplidos galantes.

Escuchó extasiada al *homúnculus*¹, como algunos en la corte se atreven a llamarlo en voz baja. Esas mismas personas que afirman que no reza como los demás; que no ruega, sino que exige de su Dios. Ni siquiera en la iglesia inclina su cabeza estrecha con la sobresaliente nariz aguileña. De las aceradas pupilas de sus ojos grises no desaparece jamás la acusación. Como en aquel momento, mientras continuaba su discurso amenazante. Con voz estrangulada por el odio, el indignado fraile le habló de los hipócritas conversos, que en su interior siguen siendo judíos, dan a sus hijos nombres hebreos, a puertas cerradas judaizan en secreto y se burlan de los cristianos.

¹ En la Edad Media, especie de duendecillo que los brujos o alquimistas simulaban fabricar. Despectivo de hombre.

La costumbre del apasionado Narciso femenino llegó a oídos de su cuñada, Juana, la joven esposa de Enrique IV. Las pocas veces que había conversado con la chiquilla determinaron que la catalogase de aburrida y tosca, pero, de acuerdo a varias damas amigas de charlas y confidencias, ella podría ser una sorpresa y aportar algún entretenimiento a su vida monótona. Pensó que si pudiera guiar por caminos más legítimos la pasión de esa niña provinciana enamorada de sí misma, haría una obra grata a Dios. La conduciría hacia el amor natural por un hombre apuesto. Y en su mente apareció la figura de su propio amante, el paje Beltrán. Fue tramando el encuentro de los dos jóvenes en forma obsesiva, imaginando las posibles reacciones de ambos. Se desvelaba por las noches en la intimidad de su alcoba, mientras se mezclaban en su fantasía temores, celos, ardor rufianesco y un placer nunca experimentado donde se conjugaban lujuria, inocencia, perversión y sensualidad. ¡Quién podría saber cuándo un sentimiento tan profundo volvería a hacer latir con tanta intensidad el experimentado corazón, que se había vuelto tan insensible!

El exaltado monje le advirtió cómo los judíos envenenan los ánimos de la población cristiana, siembran la desconfianza, incitan a la crítica, quebrantan la fe, conspiran contra la Iglesia Católica y la dignidad de la reina. Escuchó por segunda vez —en el extenso discurso—, que sus súbditos, supuestamente leales, cuestionan su mandato y dudan de su empeño en crear fuentes de trabajo para llevar el progreso y el bienestar a todos los habitantes de Castilla. La invadió una cólera intensa, el famoso temperamento de los Trastámara. Sintió que todos aquellos por los que tanto había luchado la traicionaban; su autoridad, el arma más eficaz en la futura lucha contra Granada, estaba siendo socavada por judíos y marranos. Se despertó en ella un gran resentimiento.

La niña recibió con asombro la invitación de comparecer ante la reina. Había intercambiado muy pocas palabras con ella, a pesar de vivir en el palacio hacía ya bastante tiempo. Fue llevada ante su cuñada mientras ésta tomaba su baño. Se sintió empujada a través de una puerta e introducida en un aposento caluroso, donde la claridad aportada por las lámparas no alcanzaba a traspasar el espeso vaho de vapor que diluía las imágenes. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra y logró percibir los contornos, su confusión aumentó al comprobar que la soberana no estaba sola; tampoco, de acuerdo a las normas de la etiqueta, se encontraba acompañada por sus damas de honor. En un extremo del amplio tocador, un hombre desnudo la enjabonaba. Fue como si cobrasen vida, repitiendo la escena, los personajes entrevistados desde una ventana del alcázar.

¿No tiene derecho a exigir sinceridad y disciplina? Los judíos esperan un Mesías que no es sólo enemigo de Cristo, sino también enemigo de ella; consecuentemente ellos son sus enemigos irreconciliables pues, hasta la aparición de dicho personaje, no van a aceptar ningún soberano terrenal. ¿Qué debe hacer frente a ellos?

—Su majestad debe emplear su mejor arma: una severidad inflexible— fue el consejo de su confesor.

Relee la bula papal, pasa por la palabra “Inquisición”, y se detiene al pie, donde falta su firma.

La reina, recostada en la pila, sonreía. El joven, sorprendido por la inesperada presencia, se hallaba estático. La niña permaneció inmóvil, con los ojos bajos. Escuchó a la soberana que le ordenaba acercarse. Ya junto a ella, se sintió tomada del mentón y levantó la cabeza. Mientras escuchaba palabras cariñosas susurradas en el oído, las manos de su cuñada le acariciaron con suavidad mejillas y cabellos. Luego, advirtió asustada cómo los dedos se volvían curiosos. Sus pezones se pusieron duros, respondiendo a las caricias. La boca se le había secado, trataba inútilmente de tragar, la respiración agitada, los labios entreabiertos, los ojos fijos en las manos de la mujer, que proseguían la caricia y alzaban lentas su camisola cortona. No se atrevía a levantar la vista para no ver la desnudez del joven.

Una sensación nueva de miedo, curiosidad, y sobre todo de placer en la caricia repetida, aumentó cuando la intrigante logró despojarla de su vestidura. La niña contempló el pecho agitado de la mujer, el vapor que se desprendía de toda su piel, sintió su aliento cercano, un brazo que rodeaba su cintura, el contacto con el otro cuerpo, húmedo y caliente, las caricias apremiantes. Un sudor frío le cubrió la frente, sus manos húmedas apretaron contra sus pechos esas otras manos que tanto placer desconocido le estaban dando.

Cuando la reina destapó los senos adolescentes —duros y erguidos—, invitando a su amante a que los tomase, la chiquilla los mostró con orgullo, para compartir el gozo que estaba sintiendo. En ese momento levantó la vista hacia el joven.

Los enemigos de Cristo, sus enemigos, que minan su autoridad y debilitan la fe y la fuerza de los ejércitos castellanos, es su pensamiento recurrente. Por culpa de los judíos, mahometanos y falsos cristianos conversos que viven en Castilla, podrían perder la lucha con Granada.

El joven, que ya había entendido el juego, se fue aproximando a la niña.

Debe hacer algo contra esos traidores. Apoya una mano sobre el pergamino.

Con la otra toma la pluma.

Cuando la chiquilla vio avanzar al joven hacia ella, el temor ante ese deseo intenso aumentó y fue mayor que el placer que estaba experimentando. Quería escapar de esas sensaciones que la mantenían presa y la habían inmovilizado.

Moja la pluma en el tintero.

La niña dio un grito, empujó a la reina, recogió su ropa y salió corriendo.

—Culpables —sentencia en voz baja mientras firma el documento.